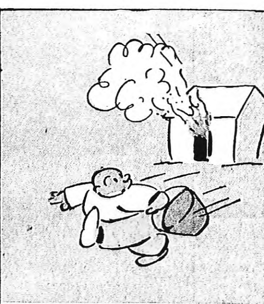
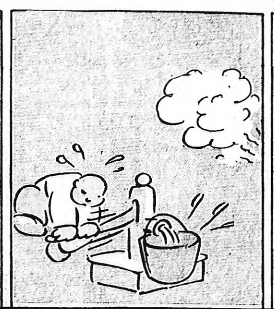


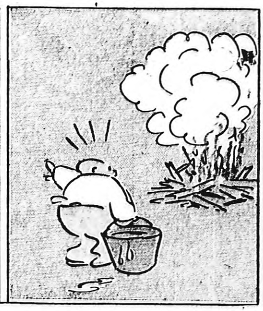














LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

por Dirks

























EL NIDO DE DOÑA URRACA

ERA DEMASIADO PARA UN MONO






por BURTIS

EL CANCERBERO

Era un perro enorme de tres cabezas, y que guardaba la puerta del infierno para que no se escapara nadie.

En lugar de piel estaba bierto y erizado de serpientes; y en cada boca de sus tres cabezas tenía seis hileras de horribles colmillos, que entraban hasta la médula de los huesos del desgraciado que quisiera salir a tomar el fresco.

Generalmente estaba dormido en su cueva, a la orilla de la laguna Estigia, y sólo levantaba sus cabezas al oír los remos de Carón, que venía con su barca cargada de condenados.

A éstos no les hacía nada; al contrario, los lamía los pies muy contento, para animarlos a entrar en el infierno. Pero ¡pobres de ellos como intentarán escaparse!

A pesar de ser tan malo este horrible perro, fué engañado dos veces y vencido al fin. Veréis cómo fué.

La Sibila era una especie de hada que andaba con Eneas visitando curiosidades, como quien visita Museos, y se les ocurrió ir a ver el infierno. ¡Cosa más curiosa no se puede encontrar! Bien sabía ella que les sería fácil entrar, pero muy difícil salir, sin que les viera el apestoso perro de las tres cabezas.

Por eso llevó una riquísima



torta, hecha con miel y adormideras, y se la regaló al cancerbero.

Este no estaba acostumbrado a esos regalos, y se la comió entera, sin dejar una miga, y todavía le supo a poco. En seguida se durmió, porque las adormideras son un narcótico muy fuerte.

La Sibila y Eneas salieron del infierno tranquilamente, después de haberle visto con toda calma, y se fueron sacando la lengua al perro, que aun estaba dormido, sin enterarse de nada.

Otra vez fué engañado por Orfeo. Era un hermoso jovenzuelo que tocaba la lira divinamente. Cruzó la laguna y se plantó delante del perro a tocar una bella melodía.

El cancerbero, que tampoco estaba acostumbrado a músicas, escuchaba embelesado con sus seis orejas tiesas, y mientras tanto se le escapó Eurídice, que se estaba achicharrando dentro... y no la vió. Orfeo y ella escaparon a correr, y el tonto del perro aun se quedó un buen rato con los ojos en blanco...

Por último fué vencido por Hércules, un hombre grandísimo y con la fuerza de seis toros juntos que, al servicio del rey Euristeo, se había comprometido nada menos que a llevar al cancerbero encadenado delante de su señor.

Entró tranquilamente en el infierno, como todos, porque allí se deja entrar a todo el mundo, y después salió con Alcestes, que lo estaba pasando muy mal adentro. Verlos el cancerbero y ponerse como una fiera, todo fué uno.

Quiso hacerles entrar a fuerza de roncos y atronadores ladridos; pero, al ver que no le hacían caso, se arrojó sobre él gigante con sus tres bocas abiertas y las serpientes de su piel apercibidas...

Hércules era tan nervudo y fuerte, que los dientes del moustruo resbalaban sobre su piel sin herirle, y las serpientes luchaban inútilmente por hincarle sus colmillos venenosos...

Entonces el cancerbero, horrorizado, dióse a correr, y Hércules detrás, y corriendo, corriendo, se metieron en el infierno, detrás del sillón del diablo grande, que no supo o no quiso defender a su perro.

Allí mismo le puso Hércules tres collares que llevaba a prevención, con sus tres cadenas bien fuertes, y tirando de él le sacó por la caverna de Tenaro, en Laconia, y marchó a llevárselo al rey Euristeo.

No se sabe lo que el rey haría del cancerbero; pero nadie ha vuelto a saber nada de él, y lo probable es que se muriera de rabia.

Es cosa sabida que en el infierno no hay ningún perro ni de una ni de tres cabezas, ni es seguro que antes le haya habido... A lo mejor, todo lo que os he contado es un cuento que inventaron los poetas de hace muchos siglos.

LOS COSACOS

Los mayores ya los conocéis en dibujos y grabados que los representan. Los pequeños tal vez oyen hablar de ellos por primera vez. Para unos y otros va esta explicación.

Tomad el mapa de Rusia y fijad bien el lugar donde los cosacos viven, luchan y cazan en inquietud constante. Al Sur de Klarkoff está la llanura na que riega el Don y llega hasta el Cáucaso. En esa llanura, del mar Negro al mar Caspio, viven los cosacos libres, insociables, sin admitir el dominio de ningún gobierno, sin más leyes que las heredadas de sus padres. Esa región, llamada Ucrania, es de un clima extremado, que los cosacos, endurecidos en las fatigas, soportan fácilmente. Tal vez su alimentación sobria, que consiste en galletas de harina secas, al sol, y carne salada, sin más bebida que agua (el alcohol le reservan para excitarse antes de entrar en batalla), los sostenga fuertes y capaces de resistir las más opuestas temperaturas.

Sus vestidos no han cambiado nada desde hace más de cien años. Ancho pantalón azul, túnica del mismo color, cinturón de cuero con adornos de cobre, donde sujetan las armas, y gorro de piel. El caballo lleva la silla tan alta, que los cosacos no doblan las rodillas cuando van montados.

Las familias están sujetas a un jefe que tiene derecho de vida y muerte sobre sus miembros y sus fallos son inapelables.

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Viendo una tortuga que una liebre se burlaba de sus pies, le invitó a correr juntas para ver cuál de las dos llegaría antes al término señalado.

Eligieron por juez a la raposa, por ser astuta; pero sucedió que fiando en su ligereza la liebre, quiso descansar un momento en el camino y se durmió, mientras que la tortuga llegó mucho antes al sitio indicado, sin correr, pero sin perder la perseverancia, con lo que ganó la apuesta.

Más se consiguen las cosas con cuidado y diligencia que con la fuerza corporal.

HIGHLANDER DANZANTE

Otra representación divertida es la del "highlander" danzante. Se dibuja la parte superior de un "highlander" hasta la cintura; y a ésta se sujeta un pedazo de paño, de preferencia a cuadros, para figurar la faldilla. Tómase, luego, un guante, y después de cortarle los dediles de los dedos primero y segundo, se pone en la mano. El índice y el del corazón saldrán por los agujeros sin dedil, y representarán propiamente las piernas desnudas; los dediles cortados se ponen en las puntas de los dedos para representar los zapatos, y volviéndolos un poco se pintan del revés a cuadros, para figurar las medias. Ahora pintaremos en una cartulina la figura de un "highlander", y después de recortarla, la sujetaremos a la faldilla, y la uniremos al guante, con lo cual tendremos una genuina reproducción del tipo que hemos elegido, con todos los pormenores de vestimenta, y sus piernas desnudas.

LA SERPIENTE DE MAR

La bañista que aparece en el grabado huye aterrorizada del espantoso monstruo llamado serpiente de mar. Los lectores que también quieran verla, no tienen más que cortar los siete exágonos en que está dividido el dibujo y combinarlos en conveniente forma.

LAS FORTUNAS DE CRESO, SALOMON Y OTROS RICOS

Los estudios e investigaciones de los sabios modernos han llegado a poder establecer la equivalencia en dinero moderno de una fortuna de la más remota antigüedad, bien fuese en Grecia, en Egipto, en Asia Menor o en Roma. Por lo que representaba una cantidad de monedas de aquellas épocas con el costo de la vida, se ha podido calcular la equivalencia del valor de aquel dinero con el nuestro de hoy, y, por lo tanto, lo que representaría en su tiempo una fortuna en monedas de éstas, con relación a nuestros pesos y a nuestra época.

Cuando se habla de un hombre muy rico se suele decir que es un Creso. Creso fué el último Rey de Lidia, y su fama de millonario ha quedado a través de los siglos como cosa legendaria. Creso, en efecto, era riquísimo; la fama de su fortuna le han hecho pasar a la Historia, y para eso es preciso que la tal fortuna fuese considerable. Hay quien piensa que la riqueza de Creso pudo muy bien ser relativa, en comparación con la pobreza de sus contemporáneos, con la mayor o menor carestía de la vida y la civilización de su época, y que hoy no resultaría tan famosa ni mucho menos. Pues bien; la célebre fortuna del fabuloso Creso, calculada por los sabios, equivaldría hoy a la cantidad de 600 millones de pesos, por lo que se puede muy bien ver que la fama que tiene no es falsa.

Nada nos dicen los sabios de las fortunas de los Emperadores romanos ni de otros faraones egipcios, o los Sultanes de Bagdad, o los grandes Reyes de Babilonia, Persia y la India, que no debieron ser moco de pavo y sí muy dignas de codearse con las de Ramsés y Creso. Sólo conocemos entre toda esa serie de Reyes de oro la lista civil del famoso Rey Salomón.

Salomón percibía anualmente una cantidad equivalente a unos 40.000.000 de pesos; gracias a tan fabulosa renta pudo construir el maravilloso templo de Jerusalén sin escatimar nada, haciendo llevar a su ciudad los mármoles, las riquísimas maderas, el oro y la plata desde los más remotos países, en barcos especiales o en interminables caravanas, que debieron costarle un dineral.

EL CUERVO Y LA RAPOSA

Habiendo robado un queso cierto cuervo, se lo llevó a la copa de un árbol. Violo una raposa, y con intención de quitárselo, comenzó a adularlo de esta manera.

—Ciertamente, hermosa ave, no existe entre todos los pájaros quien tenga la brillantez de tus plumas, tu gallardía y belleza. Si tu voz es también tan hermosa como hermoso es tu cuerpo, no hay quien te iguale entre las aves.

Envanecióse el cuervo con este elogio, y queriendo demostrar a la raposa la armonía de su voz, comenzó a graznar, cayéndosele el queso del



pico, que era lo que deseaba la raposa, porque se lo robó y le dejó burlado.

Peligrosas son las alabanzas y las adulaciones, porque sólo ofrecen lamentables resultados. Quien lisonjea a otro, no desea otra cosa que engañarle.

EL PASTOR MENTIROSO

Cierto pastor que apacentaba sus ovejas en un monte, se divertía alarmando a los labradores diciendo que venía el lobo, y pidiéndoles socorro. Acudían todos y viendo que no era cierto, se volvían a su trabajo, conociendo al cabo que el pastor se burlaba de ellos. Sucedió, sin embargo, que se presentó una vez el lobo efectivamente, y entrando en su rebaño causó grandes destrozos, porque por más que el pastor pedía socorro a grandes voces, nadie quiso moverse, creyendo que, como de costumbre, se burlaba.

La mentira siempre produce sinsabores, y al mentiroso nadie le cree por más que diga la verdad.

ENCUENTRE SIETE ERRORES EN ESTE PUZZLE



Aquí tiene a un chico juntando frutas. Parece que no hay siete errores. El pibe los encontrará si analiza con calma. hay nada de particular en eso. Sin embargo, en el cuadro

"Cuando Doña Urraca lleva a su nido cosas brillantes, agradables e inútiles, nos da una gran lección de periodismo. Nosotros la aprovechamos."

Y HUBO QUE RASCAR AL PICHICHO






por BURTIS

ILUSION DE LOS SENTIDOS

Con dos cajitas vacías podremos hacer el siguiente experimento curioso:

Una caja debe ser notoriamente mayor que la otra, y una vez en posesión de las dos cajitas, la grande y la pequeña, metemos en cada una de ellas una materia cualquiera, pero en la misma proporción de peso: unas monedas, en número igual en ambas cajas, por ejemplo, de manera que las dos cajas pesen exactamente lo mismo.

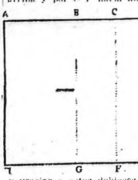
A cualquier persona que no esté en el secreto de esa igualdad de peso, le damos las cajas y que nos diga cuál de ellas pesa más. Esta persona las sope-



sará en las manos, y en nueve casos, de cada diez, responderá que pesa más la pequeña. Este error proviene de que, proporcionalmente a su tamaño la pequeña es más pesada, y la diferencia de tamaños es lo que engaña con facilidad.

UNA PLUMADA DIFICIL

Una vez cortado el cuadro de papel, se dobla por B G hacia arriba y por C F hacia abajo,



y gracias a estos dobleces, un extremo de la línea del centro del cuadrado queda tocando en el centro de la línea E D. Entonces se toma la pluma y, después de seguir el trazo del centro, se llega al centro de la línea D E. Tirando del lado A H, sin levantar la pluma, que se hallará en el centro de D E, no tiene más que seguirse el contorno para resolver el problema.

EL PROBLEMA DE LA COMIDA DEL VIAJERO

Los árabes sorprendiéronse al oír la decisión del juez, y pensaron al principio que había cometido un error. Pero el repitió su fallo; y, cuando el que había poseído tres panes, dijo, en son de protesta, que era injusto que no teniendo él sino dos panes menos que su compañero, hubiese de recibir solamente una moneda, mientras el otro recibía siete, ofrecióse el magistrado a explicarle por qué había dispuesto que el dinero fuese repartido en la forma antes dicha.

"Uno de vosotros tenía cinco panes", — dijo — "y el otro tres, que, hacían en conjunto ocho; y después, cuando llegó el tercer viajero, uniéndose a vosotros, los tres panes fueron repartidos por igual entre los tres. Ahora bien, supongo dividido cada pan en tres trozos iguales; habría entonces veinticuatro pedazos y como los repartisteis por igual entre vosotros tres, cada cual recibió una porción igual a ocho de estas partes. Pero uno de vosotros tenía al principio cinco panes, o sea quince partes, y como sólo consumió ocho partes, hubo de dar siete al que nada poseía. El otro tenía al principio tres panes, es decir, nueve partes, y como se quedó ocho, sólo dió una al tercero; por consiguiente, mi decisión es justa, como todos podéis ver; las siete partes, y la obtava moneda para el que sólo dió una parte".

Ambos viajeros tuvieron que convenir en que el fallo del juez era justo, aun cuando en los primeros momentos no viesen la cosa clara; y el de los tres panes se arrepintió de no haber querido aceptar las tres monedas que su compañero quería darle al principio.

ENTRETENIMIENTO SENCILLO PARA UNA REUNION

Si poseemos la habilidad necesaria para imprimir, con nuestra mano, movimiento a un rostro o a un muñeco, podemos entretener y divertir por largo rato a una tertulia. Primeramente, colocando la mano en una postura adecuada y pintándola convenientemente lograremos obtener la represen-



tación de una vendedora de manzanas. He aquí la posición de la mano. Se cierra el puño con los nudillos hacia arriba, y el pulgar, en vez de apretarlo contra los otros dedos, se dispone para formar con el índice, que está algo extendido, la boca. Antes de cerrar el puño se pintan en la mano dos ojos; uno cerca de donde se juntan el dedo primero y el segundo, y otro en la misma línea, pero al otro lado de los nudillos. Las narices se pintan bajo el nudillo central del índice y los labios en éste y en el pulgar, en la abertura que forma la boca. Para aumentar la ilusión, se envuelve el puño con un pañuelo encarnado, pareciendo entonces la vieja, como se ve en el grabado.

Moviendo el pulgar arriba y abajo mientras referimos una historieta, parecerá que es la vieja la que habla; pero lo mejor es hacer que los contertulios pregunten lo que quieran a la vieja, y contestar nosotros humorísticamente. El primer nudillo del pulgar figura con toda propiedad la barbilla de la vieja. Separándolo bastante, parece que ésta bosteza; si repetimos este movimiento con maestría, presenciaremos el curioso efecto de que varias personas de la tertulia bostezarán también, como contagiadas.

— BUEY "APIS"

Los egipcios creían que el alma del dios Osiris se metía de cuando en cuando en el cuerpo de un buey.

¡Ya veis si eran tontos los egipcios!

Este buey había de ser negro, con una mancha blanca en la frente, otra en el costado, figurando la luna en creciente; sobre el lomo, la imagen de un águila; bajo la lengua, un nudo semejando al escarabajo sagrado, y las cerdas de la cola duplicadas.

Además, tenía que haber nacido en noche de horrible tempestad.

¿A que ninguno de vosotros ha visto nunca un buey que tenga el dibujo de un águila en el costado ni en parte alguna? Como que no hay semejantes monstruos.

Lo que ocurría era que cualquier mancha de la piel se les antojaba un águila; un redondel, la luna, y un grano en la lengua, el escarabajo.

También hay ahora personas que os dicen que su caballo tiene una estrella en la frente, y vais a verle, llenos de curiosidad y resulta que lo que tiene es una pequeña mancha blanca que se parece a una estrella como un huevo a una castaña. ¡Ganas de hablar!

El buey "Apis" vivía en el templo cuidado por los sacerdotes, que le ofrecían hierba escogida y agua del Nilo en cubos de oro. Con las flores más hermosas se hacían collares para adornar el cuello del buey, y se renovaban todos los días. ¿No creéis que alguna vez se comería los collares?

MOISES, EL MAS GRANDE DE LOS JUDIOS

Era en aquellos tiempos en que alguno de esos faraones que han aparecido enterrados en Egipto, como todos sabéis, estaba vivo y se pasaba muchas horas del día sentado en su trono de oro y esmeraldas.

En el palacio del Faraón se criaban y educaban muchos niños, entre gatos, perros y gacelas. A uno de estos niños le llamaban el Hebreo.

Lo era; no tenía los ojos alargados y la nariz ancha de los egipcios, pero vestía como ellos y como ellos hablaba. El mismo maestro de los otros chicos era el suyo, y con todos aprendía a leer y la difícil escritura egipcia, además de Astronomía, Historia de Egipto y Religión.

Por eso sabía, y le daba mucha rabia saberlo, que los hebreos eran el pueblo bajo y despreciable, porque siempre fueron pastores de ovejas, oficio de esclavos entre los egipcios.

Vinieron en años de hambre a pedir ayuda al Faraón que entonces reinaba, y éste les dió la tierra de Gosen, que pronto les fué pequeña, porque se multiplicaban rápidamente, como si fueran hormigas.

Era ya un peligro para la tierra egipcia un pueblo tan numeroso, decía el profesor, y mientras los chicos miraban al hebreo con el rabillo del ojo, éste debía restregarse las manos debajo de la mesa. ¡Ojalá aumentaran hasta ser tantos como las estrellas del cielo o las arenas del desierto!

El los había visto amasar la tierra para hacer ladrillos, acarrear las basuras, trabajar uncidos a las bestias... Y sus amarguras no acababan con su vida. Cuando se enterraba a un gran señor se ponía en su tumba a los "respondientes", que eran estatuillas representando servidores hebreos en su mayor parte. Osiris llamaría al señor para hacer algún trabajo en el otro mundo, y uno de ellos debía contestar "Aquí estoy" y ocupar el lugar de su amo.

Pero una esclava hebrea le había tranquilizado sobre este punto.

¡Bah! Esos dioses con cara de perro y cuernos de vaca no tenían poder sobre ellos. Sólo el Santo Dios de Israel era su Dios, y El los sacaría del cautiverio.

Un día oyó disputar en la calle y vió a un egipcio hundir a palos las costillas de un hebreo.

Este niño era bueno y justo; pero en aquel momento le cegó la ira de ver maltratado a un compatriota y, cogiendo una piedra afilada, la lanzó contra el egipcio, que cayó muerto...

Esto era un delito horrible, que tendría que pagar con su vida. Si hubiera matado a un hebreo a nadie le hubiera importado, porque todos los días morían hebreos sin que nadie fuera castigado; pero ¡era un egipcio!

El niño, que no había querido matarle, se escondió dentro del palacio, y pensó que nadie sabría nada. Y pasaron algunos días, tal vez meses... Hasta que vió reñir a los jardineros del palacio y quiso poner paz.

—¿Por qué reñís, si sois hermanos?

Los otros se volvieron contra él.

—¿Quién te ha puesto de juez? ¿Es que quieres matarnos, como hiciste con el egipcio? Ya sabemos que mataste a un hombre de una pedrada.

El hebreo se quedó aterrado. ¿Es que se sabía ya lo que había hecho? Cuando llegara a oídos del Rey la mandarían encarcelar y le condenarían a muerte...

Aquella misma noche cogió sus ropas y huyó por el campo, sin descansar, hasta que perdió de vista las últimas casas de la ciudad.

Y todavía anduvo días y noches, hasta salir de la tierra de Egipto. Una tarde, a la puesta del sol, se sentó a descansar junto a un pozo, donde unas muchachitas llenaban el pilón para dar de beber a sus ovejas.

—En nombre de Dios os pido que me digáis qué tierra es ésta.

—Tierra de Madian es, egipcio —le dijeron— continuando en su tarea de sacar agua del pozo con el odre.

Entonces se oyeron voces de pastores, y llegaron éstos, asustando a las muchachas, para que dejaran el pilón lleno de agua a sus rebaños.

Pero allí estaba el hebreo, que no admitía injusticias delante de sus ojos, y, levantándose con la cayada en alto, la emprendió a palos con los pastores, que huyeron asustados.

Después ayudó a las zagalas a llenar el pilón tantas veces como hizo falta, para abrevar sus ovejas, y las acompañó a su casa para que no las molestaran por el camino.

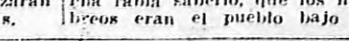
—Este egipcio nos ha defendido en el pozo — dijeron las chicas a su padre.

El padre, llamado Jethro, pidió al muchacho que se quedara a vivir en casa, como un hijo más.

Así comenzó su vida Moisés, que, después de muchos años, volvió a Egipto a sacar al pueblo hebreo de la servidumbre. Era tartamudo, y pudo, sin embargo, convencer a seiscientos mil hebreos para que le siguieran en larga peregrinación por el desierto, hasta llegar a la tierra de Canaán.



Es Moisés el más grande de todos los hombres, porque vió a Dios cara a cara y recibió de El las leyes santas.



MEJOR ES HACER UNA SIESTITA, DICE TOTO

En este dibujo aparece Toto, haciendo una siestita, ya que le fracasó la pesca. Si los pibes miran con detención, encontrarán sus siete errores, bien marcados por el dibujante

¿QUIEN LE PONE EL CASCABEL AL TERRIBLE GATO?

Habitaban unos ratoncitos en la cocina de una casa, cuya dueña tenía un hermoso gato, tan buen cazador, que siempre estaba en acecho.

Así, pues, los pobres ratones no podían ni asomarse a sus agujeros, aun en el silencio y obscuridad de la noche, temerosos de los zarpazos de su terrible enemigo. No pudiendo vivir de ese modo por más tiempo, pues no tenían nada que roer para alimentarse, reuniéronse un día para arbitrar un medio de salir de tan espantosa situación.

—Yo os diré lo que hay que hacer — dijo un joven ratoncito. — Atemos un cascabel al cuello del gato, y como entonces, al andar, hará retiñir su colgajo, sabremos el lugar en que se halla.

Tan ingeniosa proposición hizo revolcarse de gusto a todos los ratones, riendo a carcajadas.

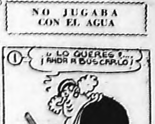
Pero un ratón viejo, bastante marrullero, observó con malicia:

—Muy bien, pero, ¿quién de vosotros le pone el cascabel al gato?

Ninguno contestó.

Es más fácil decir que hacer.

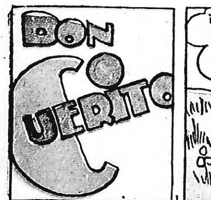
NO JUGABA CON EL AGUA







por BURTIS























LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI





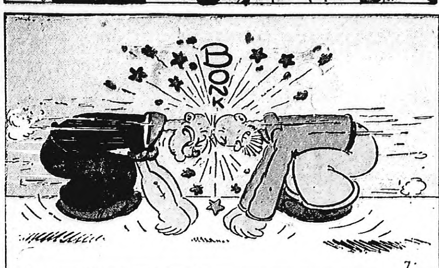






















GERAINT VENCE AL FEROZ EDYRN Y GANA EL AMOR DE LA BELLA ENID

PROLOGO

El Rey Arturo, o Artús, es el héroe legendario de la Gran Bretaña, a quien han dado fama inmortal las leyendas de la Edad Media. Créese que fué un jefe de los bretones y que luchó enérgicamente contra los sajones, a los que venció en varias batallas. Su historia es, en realidad, problemática, pero, de todas suertes, ha quedado como la personificación del heroico carácter céltico.

Su nombre ha llegado hasta nuestros días esculto en la tradición, de acuerdo con la cual estableció en su corte la Tabla Redonda, es decir, una institución algo semejante a la de los Pares de Carlomagno, cuyos caballeros llevaron a cabo asombrosas hazañas.

Esta narración, pues, relata algunas leyendas relacionadas con los caballeros del Rey Arturo, entresacadas de la obra "La Morte d' Arthur" de Sir Thomas Malory, caballero inglés que vivió durante el reinado de Enrique IV de Inglaterra y que pasó la mayor parte de su vida en Francia. También, algunas de las leyendas proceden de la obra "Idylls of the King" de Sir Alfred Tennyson, notabilísimo poeta inglés que floreció en el siglo pasado.

Nos atrevemos a creer que el relato de las delicadísimas leyendas contenidas en este resumen y que, ciertamente, merecen el calificativo de obras maestras, serán del agrado de nuestros lectores, pues son una buena muestra de los sencillos e ingenuos gustos literarios de nuestros remotos antepasados.

ENID

La Reina Ginebra estaba perezosamente tendida en la cama, entretenida en agradables quimeras. Transcurrían las horas de la mañana, pero era tan feliz en el país de los ensueños, que no se fijó en que hacía ya mucho rato la había llamado su doncella.

Despertóse la Reina de su ensimismamiento y entonces recordó que había prometido al Rey Arturo ir de caza en su compañía.

Aún en la caza, el Rey no estaba contento si no tenía a su lado a la hermosa Reina Ginebra. Aquella mañana la había esperado en vano, porque, entretenida con sus pensamientos, la Reina olvidó completamente la promesa hecha a su real esposo.

—Si me visto aprisa, no llegaré con gran retraso — pensó la Reina al oir a lo lejos el sonido de un cuerno de caza.

Y anduvo tan lista que, a los pocos minutos, ella y su doncella se encaminaban a una colina cubierta de hierba.

—Aquí esperaremos su regreso — dijo la Reina a su doncella.

Y desmontó del caballo para esperar a los cazadores.

Hacía poco rato que estaban allí, cuando oyeron el ruido de los cascos de un caballo al chocar contra el suelo, y ante la Reina apareció el Príncipe Geraint de Devon, uno de los caballeros del Rey Arturo y tributario suyo. Iba sin otras armas que la espada que llevaba al costado. Vestía un traje de seda con un cinto de color púrpura, cuyos extremos terminaban en una bellota de oro que brillaba al reflejar la luz del sol.

—Llegaréis algo tarde a cazar, Príncipe Geraint — dijo la Reina.

—Siguiendo vuestro ejemplo, señora, no voy a cazar, sino que, si me lo permitís, me propongo esperar el regreso de los cazadores.

La Reina le dió el solicitado permiso, y mientras aguardaban, salieron del bosque una dama, un caballero y un enano, y pasaron lentamente. El caballero llevaba la visera levantada, de manera que la Reina pudo ver que su rostro era joven y altanero.

—No puedo recordar si es uno de los caballeros del Rey Arturo, pero seguramente conozco su nombre—dijo la Reina.

Y mandó a su doncella a preguntárselo.

La doncella se dirigió al enano, pero éste le contestó con dureza que nó quería decírselo.

—Entonces voy a preguntarlo a vuestro amo — añadió la doncella.

COLERA DE GERAINT

Mas el enano le dió un latigazo y la doncella, asustada e irritada, fué a reunirse con la Reina, a la que dió cuenta del mal trato de que la habían hecho objeto.

El Príncipe Geraint sintió gran cólera al enterarse de cuán rudo había sido el enano para la mensajera de la Reina, y él mismo fué a averiguar el nombre del caballero.

Pero el enano, por orden de su amo, trató al Príncipe de la misma manera que a la doncella. Geraint, al sentir el latigazo sobre la mejilla y viendo la sangre que se deslizaba por su cara, puso mano a la espada que llevaba al cinto, pero, de pronto, se fijó en que el enano era pequeño y débil y se avergonzó de maltratarlo.

Regresó adonde estaba la Reina y le dijo que no le había sido posible averiguar el nombre del caballero, pero que se proponía seguirlo hasta vengar a la Reina del insulto hecho a su doncella. La soberana concedió el necesario permiso y le dijo:

—Si al regresar traéis una esposa, tanto si es una gran señora como una mendiga, le daré hermosos trajes y formará parte de mis damas de honor, pues quiero recompensar vuestra lealtad.

—Dentro de tres días estaré de regreso, si el caballero no me mata en un combate — contestó Geraint.

Y se marchó lamentando no oír el alegre sonido de los cuernos de caza, pesaroso de haberse visto obligado a emprender tal aventura.

El Príncipe Geraint siguió a la dama, al caballero y al enano, a través de llanos y montañas, hasta que, por último, hacia la noche, aventurándose todos por las estrechas calles de una pequeña ciudad, llegaron a una fortaleza blanca, en la cual entraron la dama, el caballero y el enano.

—Mañana hallaré aquí al caballero —pensó Geraint.— Ahora hay que ver si hallo una posada en que pueda comer y dormir, porque tengo hambre y sueño después del viaje.

Pero todas las posadas de la ciudad estaban llenas a rebosar y nadie hacía caso del Príncipe.

—¿Cuál es la causa de semejante animación? — preguntaba a cuantas personas hallaba al paso.

Pero todos se alejaban diciendo:

—¡El Gavilán!

—¡El Gavilán! ¡Vaya un nombre extraño! — pensó Geraint, desconociendo que éste era uno de los nombres del caballero que siguiera durante todo el día.

Geraint llegó por fin a una herrería, y al mirar al interior, vió que el herrero estaba remachando las piezas de una armadura. Con ánimo de comprar algunas armas entró en la tienda, y como el herrero viera que iba vestido como un Príncipe, dejó por un momento su trabajo para contestarle.

EL GRAN TORNEO

—¿Armas? — dijo cuando el Príncipe le hubo explicado su deseo —. No puedo vender ninguna, porque mañana el Gavilán celebra un torneo.

—¿Otra vez el Gavilán? — exclamó Geraint.

Y, volviéndose al herrero, le rogó que, por lo menos, le indicase una buena posada para pasar la noche.

—El anciano Cende Yniol podría daros albergue. Vive en aquel castillo medio arruinado que hay a la otra parte del puente —contestó el herrero—. Nada más puedo deciros, pues los que trabajamos para el Gavilán, no debemos perder tiempo.

Geraint atravesó entonces el puente y llegó al castillo. El patio estaba completamente vacío y parecía muy descuidado, porque por doquier crecían hierbas malas y cardos. El anciano Conde estaba en la puerta del castillo casi derruído.

—Ya es muy tarde. ¿Queréis entrar a descansar — dijo el Conde Yniol al ver llegar al Príncipe — aun cuando el castillo y la comida sean pobres?

Geraint contestó que aceptaba con el mayor gusto la invitación y que estaba tan hambriento que la comida más sencilla le parecería un manjar delicado.

Al entrar en el castillo oyó una voz melodiosa que cantaba. La canción era tan bella, y la voz tan clara y pura, que el Príncipe no recordó haber oído nunca otra semejante y el viejo y triste castillo le pareció desde entonces mucho más alegre.

El Conde Yniol llevó al Príncipe Geraint a una habitación muy grande y baja de techo, que servía a la vez de comedor y de cocina.

Allí estaba la esposa del Conde vestida con un traje que, tiempo atrás, debió ser elegantísimo, pero que, a la sazón, estaba muy viejo.

TRAJE DESCOLORIDO

A su lado estaba su hermosa hija, que llevaba un traje de seda descolorida, mas a pesar de ello, Geraint se dijo que nunca había visto tan hermoso rostro.

—Esta será la joven que canta tan bien —pensó—. Si puedo hacerla mi esposa la presentaré a la Reina Ginebra. Y cuando ésta la vista con los más ricos trajes, dudo que llegue nunca a gustarme tanto como con éste descolorido que lleva.

—Enid —dijo el Conde—, lleva al establo el caballo de nuestro huésped y luego irás a la ciudad a comprar la cena.

Geraint no quiso permitir que la joven cuidara del caballo y se levantó apresuradamente para ayudarla.

—Somos pobres y no tenemos criados —contestó el Conde con dignidad—, mas no podemos consentir en que nuestros huéspedes se sirvan por sí mismos.

Geraint se vió, pues, obligado a sentarse buenamente, mientras Enid llevó el caballo a la cuadra y salió luego en busca de provisiones.

Como el comedor estaba en la misma cocina, el Príncipe pudo presenciar el trabajo de la joven al preparar la cena y al poner la mesa.

Al principio, lamentó que se viera obligada a trabajar de aquella manera, pero luego se dijo:

—Lo hace todo con tal delicadeza y gracia que aun ese trabajo resulta hermoso en sus manos.

Y en cuanto la cena estuvo dispuesta, Enid se situó detrás del asiento del Príncipe para servirlo, y Geraint casi olvidó su apetito para observar los graciosos movimientos de la joven.

Una vez que hubieron cenado, Geraint se volvió hacia el Conde.

—¿Quién es ese Gavilán de quien habla toda la ciudad? — le preguntó. — Pero en caso de que fuese el caballero de la fortaleza blanca, no me digáis su nombre verdadero, porque he de descubrirlo yo mismo.

Luego dijo al Conde Yniol que era el Príncipe Geraint de Devon, tributario del Rey Arturo, y que había llegado siguiendo al caballero para castigarlo por su descortesía y grosería, al ordenar a su enano que maltratase a los que a él se acercaran.

El Conde sintió satisfacción al enterarse del nombre de su huésped.

HOMBRE MALO Y CRUEL

—Muchas veces he relatado a mi hija Enid vuestras nobles hazañas y maravillosas aventuras — dijo, — y cuando yo me detenía mi hija me rogaba que continuase. Le gusta mucho oír el relato de las aventuras de los caballeros del Rey Arturo. Ahora voy a deciros quién es el caballero Gavilán. Vive en la fortaleza blanca y es mi sobrino. Es un hombre malo y cruel, y como yo no le quise dar a mi hija Enid en matrimonio, me cobró un odio mortal y empezó a decir por todas partes que yo lo trataba mal. Llegó a decir que yo le había robado todo el dinero que le dejó su padre. Las gentes lo creyeron, que nunca falta quien crea las maldades, y todo el mundo estaba irritado conmigo. Una tarde, el día anterior al cumpleaños de mi hija Enid, hace ya tres años, entraron todos en el castillo, rompieron cuanto cayó en sus manos y nos quitaron nuestros tesoros. Luego el Gavilán construyó la fortaleza blanca a fin de estar en seguridad, en tanto que nosotros nos vemos obligados a vivir en este castillo.

—Dadme armas — contestó el Príncipe Geraint — y mañana combatiré contra él en el torneo.

—Puedo daros las que queráis — contestó el Conde,— pero están enmohecidas. Sin embargo, no podréis tomar parte en el torneo, porque todos los caballeros que a él concurran han de llevar una dama, a quien conceder el premio que puedan ganar, y como vos no la tenéis, no os permitirán tomar parte en la pelea.

—Permitidme que combata por vuestra hermosa hija Enid — contestó el Príncipe—. Y si consigo ganar el premio, dádmela en matrimonio, porque la amo.

El Conde sintió gran satisfacción al oir estas palabras, porque sabía que el Príncipe era un valiente y rico caballero. Y a pesar de que amaba mucho a su hija, se resignó a separarse de ella y consintió en la petición de Geraint.

—Su madre cuidará de que mañana vaya al torneo — dijo luego el Conde—, en caso de que, como espero, os acepte por caballero.

Enid consintió en ello de muy buena gana.

Y aquella noche, al dormirse, soñó en valerosas hazañas y en leales caballeros, y siempre en sus sueños, el rostro de cada uno era el de Geraint.

A la mañana siguiente, muy temprano, Enid despertó a su madre y las dos juntas se dirigieron al campo en que iba a tener lugar el torneo.

El Conde y el Príncipe fueron allí también. Este llevaba las enmohecidas armas del primero, mas, a pesar de ello, todos adivinaron que era un noble Príncipe.

DESAFIO EN ALTA VOZ

Gran multitud de señores y damas, así como de gente del pueblo, acudió a presenciar el torneo. Al poco rato llegó el Gavilán y en alta voz desafió a todos los circunstantes, creyendo que ninguno era bastante valiente para medir con él sus fuerzas y habilidad.

Pero Geraint era valeroso en extremo y contestó en voz alta que aceptaba el desafío y reclamaba el premio para la dama más hermosa de todas. Y miró a Enid, que vestía el traje de seda descolorida.

El Gavilán sintió gran ira al ver que un caballero aceptaba su desafío y en un momento estuvo dispuesto a batirse contra el campeón de Enid. Combatieron con tanta furia que, por tres veces seguidas, rompieron las lanzas. Desmontaron luego y prosiguieron la pelea con las espadas. Los señores, las damas y el pueblo se maravillaban de que Geraint no hubiese muerto aún, porque la espada del Gavilán giraba como un rayo alrededor de la cabeza del Príncipe.

Pero como éste combatía por su dama y por su Reina, hacía prodigios de valor y habilidad. Por fin descargó con la espada tal golpe sobre el casco de su contrario, que lo derribó al suelo y, poniéndole el pie sobre el pecho, le preguntó su nombre.

Se desvaneció el orgullo del vencido caballero después de caer ante Enid, y contestó a Geraint que se lamaba Edyrn.

—Os perdono la vida —dijo Geraint—, con la condición de que vayáis a pedir perdón a la Reina Ginebra, en compañía de vuestro enano. Además, quiero que restituyáis todas las riquezas que usurpásteis al Conde Yniol.

Edyrn devolvió todos los tesoros y fué a pedir perdón a la Reina Ginebra, tal como le fué mandado. Luego permaneció algún tiempo en la corte, en donde se arrepintió de sus pasadas fechorías y al fin solicitó ser uno de los caballeros del Rey Arturo, cosa que le fué concedida, y en adelante fué un caballero fiel, bueno y leal.

Una vez terminado el torneo, Geraint recibió el premio y lo entregó a Enid preguntándole si quería ser su esposa e ir a la corte de la Reina Ginebra al día siguiente. Enid, muy satisfecha, accedió a las demandas del Príncipe.

Al día siguiente, por la mañana, Enid pensaba en el próximo viaje.

—Sólo tengo el vestido de seda descolorida — pensaba mirándolo y pareciéndole más feo que nunca —. Si dispusiera de más tiempo tejería otro ya misma. Sería tan lindo, que Geraint al verme con él estaría orgulloso de mí — pensaba, creyendo que Geraint se avergonzaría de presentarla a la Reina con el traje de seda descolorida.

BIENVENIDA REAL

Su pensamiento retrocedía entonces a tres años atrás, cuando la víspera de su cumpleaños, fué saqueada su casa. Recordó que aquella misma mañana su madre le había regalado un hermoso traje de seda, en el que estaban bordadas lindas flores, y lamentó no tenerlo entonces para presentarse en la corte.

De pronto Enid secó las lágrimas de sus ojos, sobrecogida de grandísima sorpresa, porque en aquel instante entró su madre en la habitación llevando sobre un brazo el vestido por el que tanto suspirara la joven.

—Los colores son tan brillantes como antes — dijo la madre acariciando la seda.

Y relató a Enid que el caballero Edyrn había devuelto los tesoros robados y que entre ellos estaba el traje de la joven.

—Voy a ponérmelo en seguida — exclamó Enid contentísima.

Y su madre la ayudó cariñosamente a vestírselo.

Entre tanto el Conde refería al Príncipe que la noche anterior el caballero Edyrn devolvió todos los tesoros robados y que, entre ellos, había un traje de Enid, la cual parecería entonces una Princesa.

Pero Geraint, en cambio, recordaba con deleite que vió a la joven por vez primera con el traje de seda descolorida y pensó en rogarle que se lo pusiera de nuevo por amor suyo.

Enid amaba tanto al Príncipe que, en cuanto supo su deseo, se quitó apresuradamente el traje nuevo que con tanto gusto vistiera y se puso otra vez el viejo. Y cuando Geraint la vió, su alegría se comunicó a la joven, que se sentía en extremo feliz y olvidó que en el mundo existieran trajes mejores que el suyo.

Durante todo aquél día la Reina Ginebra estuvo en una torre mirando a menudo para ver si divisaba a Geraint. Cuando vió llegar por el blanco camino al Príncipe y a su prometida, fué a la puerta para darles personalmente la bienvenida. Y en cuanto la Reina hubo vestido a Enid con un rico traje, toda la corte admiró su belleza.

Pero Geraint la prefería con su traje ajado de seda, y por esta razón Enid lo guardó cuidadosamente entre sus recuerdos más queridos.

Celebróse una gran fiesta el día de la boda y Geraint y Enid se casaron, felicísimos en extremo.

Cada día Geraint amaba más y más a su esposa. Enid, por su parte, era muy feliz estando con la Reina Ginebra, a la que amaba mucho.

Geraint sentía complacencia al ver que su esposa era la favorita de la Reina, hasta que un día oyó decir que la soberana, si bien era hermosa, no era buena. Tal opinión llegó a ser general y creída, finalmente, por Geraint.

—Es preciso que separe a



Ante Varios Nobles y Ricas Damas, el Caballero de la Reina Ginebra, en Lance de Honor, Derriba al Gavilán y lo Obliga a Rendirla Pleitesía

Os perdono la vida — dijo Geraint — con la condición de que vayáis a pedir perdón a la reina Ginebra en compañía de vuestro enano. Además, quiero que restituyais todas las riquezas que usurpásteis al Conde Yniol. Se desvaneció el orgullo del vencido Gavilán. Edyrn, devolvió todos los tesoros y fué a pedir perdón a la reina Ginebra — de acuerdo con la exigencia de su vencedor

Enid de la Reina —se dijo— porque, como la quiere tanto, podría volverse como ella.

Geraint, pues, se presentó al Rey Arturo y le pidió permiso para ir a sus tierras. Dijo al Rey que los ladrones devastaban la [illegible]marca y que era necesario [illegible]es un escarmiento. El Rey [illegible]cedió de buena gana el [illegible] solicitado.

[illegible]nid dejó a la Reina y a los [illegible]tesanos para ir con su esposo Geraint, el cual, al ver triste a su esposa, se figuró que la había apenado mucho el separarse de sus amigos.

Cuando el príncipe llegó a sus posiciones, olvidó que los ladrones estaban destrozando las cosechas y robando el ganado. Olvidó la caza, los torneos y las necesidades del pueblo, para no pensar más que en su amada Enid. Propúsose pasar los días enteros a su lado y a fuerza de atenciones hacerle olvidar la corte y los que en ella vivían.

Pero Enid estaba cada día más pálida y triste. No le gustaba que su esposo permaneciera a su lado durante todo el día, sino que deseaba que se portarse como un valiente caballero.

El pueblo empezó a hablar burlonamente del príncipe Geraint.

—El príncipe no es buen caballero — decían. Los ladrones están arruinando a todo el mundo, pero nuestro señor sólo vive para la hermosa Enid.

Esta, sabedora de lo que decían las gentes, se propuso avisar a su esposo, a fin de que volviera a ser el valiente caballero de antes, pero nunca se atrevió a hablarle de ello.

Y cuando su esposo la veía llorosa, se figuraba que su tristeza se debía al pesar, por estar alejada de la corte y los cortesanos. Entonces, comprendiendo que nada obtenía con su ociosa vida, se propuso llevarse a Enid con él, en busca de aventuras. Y con cólera no exenta de tristeza, mandó que le llevaran sus armas y su caballo de guerra.

Mandó a su esposa que se vistiera el traje de seda ajado con que la conoció y que se preparase a emprender un viaje con él a través de los bosques. Y como estaba irritado con ella, por creer que su tristeza se debía a no hallarse en la corte del Rey Arturo, no quiso que viajara a su lado, sino que la hizo ir delante, ordenándole que no le dirigiese la palabra bajo ningún pretexto y a pesar de cuanto viera u oyera.

Enid, más triste todavía, obedeció, sin embargo, y se vistió el traje de seda descolorida, recordando que, llevándolo, su esposo se enamoró de ella, y pensó que, tal vez, con él podría conquistar nuevamente su amor.

AVISA A SU ESPOSO

A través de bosques y espesuras viajaron silenciosamente Enid y Geraint, y mientras la pobre mujer se preguntaba en qué había podido ofender a su esposo, no dejaba de observar cuidadosamente el camino para evitar que algún enemigo cayera de improviso sobre el príncipe, sin darle tiempo para apercibirse a la defensa.

Un día, a la sombra de tres frondosos árboles, Enid vió tres caballeros altos, forzudos y bien armados. Al divisar a Geraint, uno dijo a los demás:

—Este caballero parece cobarde. Lo mataremos y luego nos apoderaremos de su armadura y de la doncella que la acompaña.

—Aun cuando Geraint se irrite conmigo —pensó Enid— voy a darle cuenta de lo que ha dicho este caballero, porque, de lo contrario, lo atacarán antes de que pueda defenderse.

Y, retrocediendo, se llegó a su esposo, el cual, al verla, frunció el entrecejo, pero ella dijo con firmeza:

—Hay tres caballeros a poca distancia y dicen que os van a matar.

—Para nada necesito vuestro aviso —contestó Geraint con rudeza —por que ya veréis cómo sé pelear.

Triste y pálida, Enid vió cómo los tres caballeros se arrojaban contra su amado esposo, pero éste dirigió la punta de su lanza al más fornido de sus tres enemigos y le atravesó el pecho. Luego con dos lanzadas más derribó a los otros.

Geraint desmontó entonces y se apoderó de la armadura y de los caballos de sus enemigos. Hecho esto, ató las riendas de los corceles y las entregó a Enid, diciendo:

—Conducid esos caballos, y sea lo que fuere, lo que veáis u oigáis, no me dirijáis la palabra.

Pero desde entonces anduvo a menor [illegible] de su esposa, cosa que disipó en parte su pena.

Pronto llegaron a un bosque, en el cual Enid vió otros tres caballeros. Uno era más alto y vigoroso que Geraint, y Enid tembló al mirarlo con mayor detención.

—El caballero va dormido y los caballos son conducidos por una joven —oyó que murmuraban—. Mataremos al caballero y nos quedaremos con la joven, las armas y los caballos.

—Debo avisar a Geraint porque está cansado por el último combate.

Y Enid se acercó a Geraint al cual dijo que, a poca distancia, había tres hombres malvados, que uno de ellos era de excepcional corpulencia y que se proponían matarlo.

—Si me obedeciérais ciegamente —contestó Geraint irritado— combatiría a gusto, aunque fuese contra un centenar de caballeros.

A pesar de sus palabras rudas, Geraint amaba como siempre a Enid.

La esposa se alejó y apenas se atrevió a mirar cómo el más fuerte de los tres caballeros atacaba a Geraint. Pero éste, con fuerza extraordinaria clavó la punta de su lanza en el pecho de su contrario, atravesando la coraza y el enemigo cayó muerto. Los dos restantes se acercaron despacio a Geraint, mas en cuanto éste profirió su grito de guerra, huyeron a toda prisa. Pero Geraint los persiguió y los mató.

Luego, el príncipe ató las armaduras de los vencidos caballeros a las sillas de sus caballos y, uniendo las bridas de éstos, las dió a Enid, mandándole que los condujera; pero, comprendiendo que era demasiado trabajo conducir seis caballos, se acercó más a ella.

Dejaron el bosque a su espalda y atravesaban a la sazón unos campos de trigo en que unos campesinos estaban segando. Por el sendero que seguían, vieron llegar a un muchacho que llevaba la comida a los segadores. Geraint creyó que Enid tenía hambre y como a él también lo atormentaba, detuvo al muchacho y le pidió comida.

—Puedo daros una parte de lo que llevo. Es para los segadores, son manjares sencillos y, tal vez, no os gustarán —contestó el muchacho.

Geraint le dió las gracias y tomó una parte para Enid, la cual, para complacerlo, comió poco. Pero el príncipe tenía tanta hambre que se comió todo lo que el muchacho llevaba para los segadores.

—Voy a recompensarte —dijo Geraint, porque el muchacho se puso malhumorado al observar que no había dejado nada.

Y le dió uno de los caballos con la armadura atada en la silla.

LO QUIEREN MATAR

El muchacho recibió contentísimo el regalo y, montando en el caballo, se alejó, forjándose la ilusión de que era un caballero.

Geraint y Enid llegaron al poco rato al pueblecillo, que esba cercano al campo de trigo y en una pobre posada se albergaron por aquella noche.

La comarca pertenecía al conde Limours, hombre cruel que, tiempo atrás, había pretendido casarse con Enid y, al enterarse de que ésta atravesaba sus tierras, se propuso matar a Geraint y casarse con su viuda.

—Iré a sorprenderlos mientras duerman —pensó el conde— y después de dar muerte a Geraint, me llevaré a Enid.

Pero los dos esposos se habían levantado muy de mañana y dejaron los cinco caballos con las armaduras, en pago de su hospedaje.

Así, pues, cuando llegó a la posada el cruel conde Limours, Geraint y Enid ya estaban fuera hacía algunas horas.

Entonces el cruel conde emprendió la persecución y al cabo de un rato Enid oyó, cada vez a menor distancia, el ruido de los cascos de su caballo. Cuando el conde se arrojó contra Geraint, Enid se tapó el rostro y pidió a Dios encarecidamente que, de nuevo, salvara la vida a su esposo.

El combate fué largo y encarnizado, pero, por fin, y no sin verse muchas veces expuesto a morir, el príncipe venció al conde, el cual quedó medio muerto en el suelo.

Enid volvió a tomar la delantera, silenciosamente, y su marido la siguió. Geraint había sido herido en el combate contra el conde, aun cuando nada dijo a su esposa. Como iba desangrándose por la herida, cayó, por fin, desmayado sobre un prado.

Enid oyó el ruido que al caer hizo su armadura y en seguida se acercó a él. Le quitó la armadura y el casco y con su velo de seda le vendó la herida, pero Geraint no recobró el conocimiento.

El caballo de Enid se alejó por el bosque, pero, en cambio, el noble corcel de Geraint permaneció al lado de su amo, como si comprendiera lo que sucedía.

EL NOBLE HERIDO

Hacia el mediodía, pasó por allí el conde Doorm, señor de aquella comarca, en compañía de cien hombres y al ver a Enid junto al cuerpo de Geraint, preguntó si estaba muerto.

—No, no, no puede estar muerto. Os ruego que lo llevéis a la sombra—contestó ella.

El pesar y la belleza de Enid conmovieron al conde, el cual mandó a sus hombres que llevaran a Geraint al castillo, así como a su caballo, que era muy bueno.

De mala gana los vasallos cargaron con el cuerpo de Geraint y lo llevaron al castillo y, poniéndolo sobre un jergón, no se cuidaron más de él.

Enid se inclinó sobre su esposo, cogiéndole las manos y llamándolo entre lágrimas para que recobrara el sentido.

Después de un buen rato, Geraint entreabrió los ojos, vió a Enid inclinada sobre él y sintió cómo sus lágrimas caían sobre el rostro.

Llora por mí—pensó.

Pero no hizo el menor movimiento, como si estuviera muerto.

Por la noche, el conde pidió la cena. Había invitado a muchos caballeros y damas, pero nadie se acordó de Enid. Mas cuando el conde hubo acabado de comer y de beber, se fijó en ello y recordó cuánto había llorado por su herido esposo.

La comida transcurrió en medio de un enorme bullicio y algazara. Bufones y juglares intervinieron en la fiesta, además de varios mancebos de la región dominada por el feroz conde, los cuales cantaron alabanzas en su honor y también de las damas que, junto a sus maridos y prometidos, participaban del gran banquete.

Enid era la única que permaneció emocionada y llena de tristeza, pensando siempre en Geraint, en su valiente paladín, en su señor, que ella creía muerto.

Enid quería contener la expresión de su dolor, pero las lágrimas descubrieron lo apenada que estaba, recibiendo sus oídos algunas palabras de consuelo de varias de las damas que se enteraron de la causa de su tristeza. Los trovadores evocaron por repetidas veces, ante los caballeros, las hazañas de los compañeros del rey Arturo y de muchos otros personajes de la historia de Inglaterra, además de viejas leyendas nacidas en sus respectivas regiones.

Enid quería demostrar serenidad en esos momentos. Empero, por más que trataba de dedicar atención a la fiesta y a los cantores y troveros, su pensamiento volaba hacia su valiente [illegible].

—¡No lloréis más! ¡Com[illegible] bebed y alegraos! Luego [illegible] casaremos y compartiré con [illegible] mi condado—dijo el conde.

Enid sintió [illegible] teza al oír [illegible] muró:

—Dejadme, [illegible] que mi marido ha [illegible] duda alguna.

El conde no entendió [illegible] labras y se figuró que Enid [illegible] daba las gracias.

—Sí —añadió— comed y alegraos, porque seréis mía.

¿Cómo es posible que esté nunca más alegre? —exclamó Enid—. ¿No veis que mi señor ha muerto?

• • •

El conde se impacientó. La cogió con rudeza, la hizo sentar a la mesa y le sirvió algunos manjares, gritando:

—¡Comed!

—No comeré —contestó Enid —hasta que mi esposo se levante y venga a comer conmigo.

—¡Entonces bebed — exclamó el conde, acercándole una copa a los labios.

—No— respondió Enid— no beberé hasta que mi señor venga a hacerlo conmigo y si no lo hace, no comeré ni beberé nunca más.

El conde se levantó, presa de grandísima ira.

—Ya que no queréis comer ni beber, ¿queréis, por lo menos, quitaros este traje viejo? —gritó.

Y ordenó a una de sus criadas que llevara a Enid un traje cubierto de piedras preciosas.

Pero Enid se negó a cambiar de traje, diciendo que Geraint la había conocido con el que llevaba y añadió que se lo había puesto por su orden y con la esperanza de reconquistar su amor y que no se lo quitaría, a menos que él no se lo ordenase.

Entonces la ira del conde Doorm estalló. Acercóse a Enid y le dió una bofetada.

—No se habría atrevido a pegarme de no estar seguro de la muerte de mi señor — pensó Enid, dando un grito de dolor.

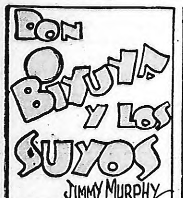
Cuando lo oyó Geraint, de un salto se dirigió adonde estaba el conde Doorm y de un tajo le cortó la cabeza.

Los invitados se asustaron porque había creído que Geraint estaba muerto y huyeron, dejando solos al príncipe y a Enid.

Desde entonces Geraint ya no creyó que Enid prefería la compañía de los [illegible] Arturo a la de su [illegible] siempre plena confianza en su esposa.

Regresaron a sus dominios y pronto el pueblo vió que el príncipe continuaba siendo tan valiente como de costumbre. Nadie dijo en adelante que fuese un cobarde, sino que, por el contrario, lo llamaron "el valiente Geraint".

Y las damas llamaban a Enid "la hermosa Enid", en tanto que el pueblo la llamaba "la buena Enid".

























¡LEA!

HE AQUI, PIBES. LA PRIMERA ESTAMPILLA COMICA DE LAS "PEQUEÑAS TRAGEDIAS DE LA VIDA CONYUGAL". TODAS LAS SEMANAS, Y DURANTE VARIOS MESES, APARECERÁ EN ESTE RINCONCITO UNA ESTAMPILLA DISTINTA. INICIE LA COLECCION EN UNA LIBRETA. EL PIBE QUE TENGA LA CONSTANCIA DE IR REUNIENDOLAS, SE ENCONTRARÁ AL FINAL CON EL MAS COMPLETO ALBUM DE FIGURAS CHISTOSAS.



JIMMY MURPHY

BREVES TRAGEDIAS DE LA VIDA MODERNA por JIMMY MURPHY

¡LA PROXIMA VEZ QUE LLEGUE TARDE A LA OFICINA, LO AGREGO AL NUMERO DE DESOCUPADOS! ¡O USTED CAMBIA SU DESPERTADOR O YO LO CAMBIO A USTED!



























DE TIEMPO EN TIEMPO UN NUEVO ASTRO HACE SU LUMINOSA APARICION EN LA CONSTELACION DE LA CINEMATOGRAFIA. NOS ENCONTRAMOS EN VISPERAS DE ASISTIR AL DEBUT DE UN ARTISTA SORPRENDENTE. TIMOTEO CHUCKLE IRA MAS ALLA DE UN SIMPLE ASTRO, SERA UN COMETA....

CONTINUARÁ

LOS VIAJES DE PICA A TRAVES DEL MUNDO por Blosser





PITUCO EL DESOCUPADO por Crane



FILILA por Brinkerhoff







CHILICOTE Y CINCOGUITAS por Bruce Barr









TUCUTA por J. Carver Pusey

NO NECESITA AYUDA





PICHONA CHARABON por Don Flowers









PARA LOS QUE TENGAN CABEZA

El granadero sigue la última moda









por BURTIS

Soluciones de los puzzles que se publicaron el sábado 26

Los siete errores que aparecen en el dibujo titulado: El joven carpintero.

1. - El taladro se sostiene sobre un solo soporte.
2. - Falta una parte de la aceitera.
3. - El serrucho tiene dientes a ambos lados.
4. - Una de las herramientas no está dentro del agujero correspondiente.
5. - El joven golpea con el martillo al revés.
6. - La palabra "gasolina" está mal escrita.
7. - Al auto pintado en el calendario le falta una rueda.

* * *

Los ocho errores que aparecen en el dibujo de la joven, que está en una casa de compra-venta, son:

1. - En el despertador faltan las agujas.
2. - Las agujas del otro reloj están colocadas fuera del centro.
3. - Una mitad de los gemelos está fuera de proporción.
4. - La guitarra tiene los dos lados de forma diferente.
5. - En el banjo faltan las cuerdas.
6. - El tubo del trombón está al revés.
7. - La palabra escrita en la ventana debería de estar al revés.
8. - En la lámpara falta el cordón del que está suspendida.

EL PUZZLE TITULADO

"Busque la cabeza de un cerdo y de dos hombres", tiene la solución que da el dibujo.

* * *

LA HISTORIETA

Le cambiaron de secretario, tiene este orden: 5-4-3-2-6-1.

* * *

LA HISTORIETA

De sorpresa en sorpresa, tiene este orden: 4-1-6-3-2-5.

ESCENA DE UNA CACERIA EN LA SELVA INDIA



Acá vemos una escena de caza de la selva india. El lector podrá encontrar perdidos en las líneas del dibujo la cabeza de un cerdo salvaje, de una jirafa y de un loro. Con un poco de paciencia y habilidad, pronto aparecerán esas tres figuras.

OCULTOS HAY: UN AGUILA, UN PEZ Y UN HOMBRE



En este cuadro se ven visiblemente una cigüeña, un tucán, un sapo y un oso hormiguero, pero si el lector observa detenidamente, encontrará un águila, un pez y la cara de un hombre, perdidos en las líneas del dibujo.

UN JUGO PURO Y FRESCO DE CARNE CRUDA

El *Fluid Carnis Estrella* es el Tónico más poderoso. Por sus cualidades nutritivas y por la rapidez y seguridad con que regenera la sangre y la enriquece de glóbulos rojos, lo recomiendan las eminencias médicas para curar las afecciones del pecho y pulmonares; los estados de debilidad, convalecencia y enflaquecimiento; la dispepsia y enfermedades del estómago; la neurastenia y la anemia.



El hecho de ser preparado por las Grandes Fábricas y Laboratorios Fármacéuticos de la Droguería de la Estrella — que es el establecimiento más grande que hay en Sud América para la elaboración de productos medicinales — constituye la mejor garantía de la pureza y eficacia del *Fluid Carnis Estrella*

EN VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS DE LA REPUBLICA.